



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

TITIRIMUNDI



—Ahora verán ustedes, señores, la destrucción de Pompeya por una lluvia de fuego. Fijense ustedes en la prisa que se dan los habitantes por llegar á la estación del ferrocarril... ¡Vean ustedes ese soldado de artillería con un niño en brazos!...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—En el álbum de una desconocida, por José Estremera.—En el *varán*, por José López Silva.—Palique, por Clara.—Al señor Apolo, por Eduardo Bastillo.—A mi que no es padre, por Juan Pérez Zúñiga.—La borrasca, por Sinesio Delgado.—A don Emilio Sánchez Pastor, por Ricardo I. Catarines.—Almuerzo, por Arturo Reyes.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Titirimumá.—Dime lo que escribes... por Gilla.



Parece que ya se ha arreglado lo de los peluqueros. En la mayor parte de las peluquerías se cobra con arreglo a la antigua tarifa, y aun es posible que ésta sufra una modificación favorable al parroquiano; porque los españoles somos así: extremosos hasta la exageración. Se nos ocurre pedir algo, y pedimos la luna; resolvemos más tarde limitar nuestras aspiraciones, y ya nos conformamos con que en vez del astro luminoso se nos den unas alpargatas ó un frasco de agua de Colonia ó una libra de velas.

Gran número de peluqueros anuncian en los periódicos que siguen cobrando por el antiguo arancel, y alguno dice que peina, riza, afeita las mejillas y toca el acordeón por 25 céntimos.

No dejará de haber algun otro que salga diciendo mañana ó pasado: «Se afeita, riza y corta el cabello por 20 céntimos. Por cinco céntimos más se recortan los pelillos de la nariz y se recitan los ovillojos del *Tenorio*, con objeto de distraer al parroquiano y aficionarle a la poesía lírica.»

Con todas estas reformas y competencias el público sale gansioso, y quizás llegue un día en que nos afeiten de balde y encima nos regalen una brocha.

¡Cuidado si anda mal el servicio doméstico!

Desde que se ha puesto sobre el tapete la cuestión obrera, nótese entre las criadas cierto desasosiego que no logran calmar los plenos de manubrio.

Trátase de celebrar un *meeting* de domésticas, presidido por un ama seca, con objeto de imponer condiciones a los cabezas de familia y prohibir que las señoras entren en la cocina y tansen el aceite.

Lo peor que le puede suceder a un viudo es que se le vaya la criada.

Ayer mismo nos decía uno de éstos:

—No cuente usted conmigo estos días, porque no puedo salir de casa.

—¿Y eso?

—He cometido la ligereza de despedir a la chica, porque me la encontré sentada en mi cama comiéndose el postre, y hace dos semanas que no tengo quién me sirva. Ahora mismo vengo de barrer el gabinete y de fregar las maderas de la cocina.

—¿Por qué no encarga usted en la agencia una buena criada?

—Todos los días se me presentan dos ó tres, pero como si no. ¿Qué sabe usted hacer?—se les pregunta.

—Yo, de todo—contestan ellas.

—¿Sabe usted guisar?

—¡Toma! Ya lo creo.

—¿Y planchar las camisas?

—Sí, señor; con brillo y todo. ¿No ve usted que yo estuve sirviendo en casa de un guarnicionero que era muy delicado para la ropa blanca?

—Perfectamente. ¿Cuándo puede usted venir?

—Mañana.

—No me falte usted, que estoy solo en el mundo.

Al día siguiente se presenta la chica con un lío debajo del brazo, y lo primero que hace es pasar revista a la casa y fregarlo todo.

—¡Uy! ¡Qué asco!—dice al entrar en la cocina.—¡Valiente sucia debe ser la criada que ha estado aquí!

—Algo, algo.

—Mire usted, mire usted cómo ha dejado la artesana... ¡Jesús! ¡Una zapatilla dentro de la cesta de la compra!

—Era de lo que no hay. Una vez me la encontré lavando unos calzoncillos míos en la ensaladera. Por lo general se peinaba en la cocina mientras hacia el almuerzo.

—¿Y no le daba a usted asco?

—Ya me había acostumbrado a los pelos.

Aquella criada escrupulosa que se desataba en impropiedades contra su colega y escarnecía su memoria, acababa por presentarme el arroz con moscas y por rebozar la merluza en harina de linaza.

—¿A qué sabe esto?—preguntaba yo.

—Es linaza, señorito: puede usted comarla sin recelo. Por no bajar por harina eché mano de esa que me encontré en el vasar. Claro que yo despedía a la criada inmediatamente, pero al otro día llegaba otra cien veces peor.

He tenido una que estaba muy débil porque, según me dijo, venía de pasar una fiebre gástrica.

—Mientras no me reponga necesito alguien que me ayude.

—Bueno; subirá la portera—dije yo.

Pero la portera estaba criando y a lo mejor tenía que bajar a la portería, porque el chico, a fuerza de patelear, se había caído dentro de una cesta y chillaba como un cabrito a la hora de la muerte. Entonces la criada comenzaba a gritar desde la cocina:

—Señorito, venga usted.

—¿Qué ocurre?—preguntaba yo, alarmado.

—Hágame usted el favor de mondarme esas patatas, mientras yo tomo la medicina.

Ha habido criada que entró en mi casa a las ocho, y a las ocho y cinco minutos me dijo solemnemente:

—Señorito, yo me voy.

—¿Por qué?

—Porque esta casa no me gusta.

—Sí, es un poco baja de techo, pero ¿qué le hemos de hacer?

—Y además, este aguador es muy ordinario.

—Pero tiene muy buen fondo.

—De todas maneras, yo me voy.

—Vaya, pues que usted se divierta.

La criada bajó las escaleras con la dignidad de una reina destronada y yo me quedé solo, frente a la sartén, sin decidirme a freír las patatas por el temor de cometer una imprudencia.

Más tarde quise salir para almorzar en una fonda, y busqué mis zapatos, que había dejado la víspera en la mesa de noche.

Pero los zapatos habían desaparecido.

Después supe por la portera que se los había llevado la criada. En fin—acabó diciendo el viudo,—el servicio doméstico está perdido, y de todo tienen la culpa esos caballeros que han escrito artículos sobre la cuestión social.

Estamos en un todo conformes con esta opinión. Nosotros hemos sido víctimas de las criadas y actualmente tenemos una que está en relaciones con un joven barbero perteneciente a una estudiantina, y el demonio de la muchacha se pasa la vida sentada en el fogón tocando la pandereta.

LUIS TABOADA.

EN EL ÁLBUM DE UNA DESCONOCIDA

Sé que eres hermosa,
que a tierras lejanas
de allende los mares
muy pronto te vas,
que acaso no vuelvas,
que tú y yo en el mundo
acaso no habremos
de vernos jamás.

Si nunca te he visto,
¿por qué me conmuevo
al irte dejando
mis versos aquí?
¿Por qué escribo triste,
convulso, y ansiando

decirte que nunca
te olvidas de mí?
¿Acaso un lágrima
vertida muy lejos,
que al fin se evapora
del rostro al calor,
con otra se junta,
allá en el espacio,
también convertida
un leve vapor!

He visto en mis sueños,
en trono de nubes
sentado un hermoso
fantástico ser

que juntas tenía
las raras bellezas
de sílabe y hada,
de hurí y de mujer.
¿Qué extraños misterios
los sueños ocultan?
¡Ay, Dios! ¿Quién pudiera
saber lo que son!
¿Serán esperanzas,
recuerdos, presagios,

ó todo es en ellos
mentida ilusión?
Yo adoro rendido
al raro fantasma
que he visto entre nubes
de nácar y tul.
¿Acaso en el mundo
jamás he de verlo!...
¿Acaso no existe!...
¿Acaso eres tú!

JOSÉ ESTREMEIRA.

EN EL MEETING

(BOCETO)

A MI DISTINGUIDO AMIGO EL DOCTOR D. CELESTINO LÁZARO ADRADAS

—¿Quién pide la palabra?

—Menda.

—Bueno.

—¿Cómo se llama usted?

—Gorgonio Méndez.

—Puede usted precipiarse.

—¿Diznos hermanos!

(Expectación.) ¿Qué grande y qué solemne
es él... la reunión que va á escucharme
lo que voy á decir de los burgueses!

(Aplausos.) No vayáis á figurarse
que yo soy orador, pues si lo fuese,
en lugar de llevar la dizna blusa
de peón de arbañil, que veis ustedes,
llevaría, como hacen los ladrones,
trajes de doce duros ú de trece,
y en vez de hacer ginasia en los andamios,
robaría al obrero impugnamente.

(Agitación.) —¿Muy bien!

—¿Trabajadores!

Yo no soy orador... (Rumores leves.)

—¿Sus molesto?

—¡No! ¡no!

—Pues escuchazme

con cierta educación, si sus parece.
Acaba de decir un compañero
que una huelga de tres ó cuatro meses
es lo más apropiado pa que seamos
lo que debemos ser entre la gente,
y ha metido la pata, y no quisiera
que el citao compañero se ofendiese.
¿No estáis conformes?

—¡No!

—¡Sí!

—¡Fuera!

—¿Que hable!

—Pa que la burguesía se escarmiente
y sepa respetarnos, como es justo,
las huelgas son lo mismo que el que tiene
tos y se compra un grillo. ¡Con petróleo
refinao y con lenguas de Albacete
es como hay que pedir á esos granujas
el pan de nuestros hijos que nos deben!
—¿No es pa tanto!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

—Me dan nausias

al ver que aún hay obreros que se atreven
á decir salvajás, por el estilo
de la que acaba de decirnos ese.
¿Qué comemos nosotros, trabajando,
mal comparao, lo mismo que unos bueyes?
¡Repollo y porquerías que no paran
más de cinco minutos en el vientre!

—¡Eso!

—¿Muy bien hablan!

—¡Bravo!

—¿Y los ricos

que comen mientras tanto? ¡Magras!

—¡Ehe!

—¿Y por qué comen magras? Porque semos
una recua de burros indecentes,
ó peor entoavía, que nos faltan
algunas cosas que los burros tienen.
—Eso es mucho decir.

—Hay escepciones.

en esto como en too, naturalmente,
y cualisquiera ve que no es preciso
más que fijarse en mí pa convencerse;
pero á lo que yo voy, es á que juntos
ó en colectividad ó, si se quiere,
asociados, en jamás de los jamases
lograremos hacer una que suene.
—Pa mí que está algo errao su señoría,
y perdoname usté de que le ofete.

¿Que no tenemos toos sangre en las venas
lo mismo que ca quisquá?

—Me parece.

¿Pero qué importa que tengamos sangre,
si luego nos la chapian los burgueses
cuando les viene bien?

—¿Que nos la chapen!

—Mientras haiga lechones que se dejen
y mientras que no sean los obreros,
endividual y colectivamente,
capaces de cortar muchas cabezas
y de llevarse á casa muchas nueces,
claro que sí lo harán. ¿Pa qué queremos
algunos que se visten por los pieses
y son unos gilís? Aquí hacen falta
hombres con muchos...

—¡Bravo!

El Presidente:

—¿Gorgonio, que hay señoras en la sala,
y algunas son honrá, y se resienten.
(Extrañeza.) —Me choca, pero mucho,
que un sujeto ilustraao se pitorree
de las damas y gaste ciertas bromas
en un azlo tan serio como es éste.

—Oiga usté, so animal, la presidencia
sabe su obligación perfectamente,
y no permite que ningún borracho
la dé lecciones. (Sensación.)

—Si tiene

tanta seguridaz su señoría
de que cumple en su puesto como debe,
¿por qué, mientras preside á gente seria,
está comiendo chufas y alcañeses?

—Porque me da la gana.

—¿Qué bonito,

y qué dizno, y qué reato, y qué decente!

(Rumores.) —¿A mí, Prim!

—Su señoría

es un morral vendido á los burgueses,
que no quedará tomarse, de seguro,
cuatro patás conmigo á la intemperie.

—¿Y cuarenta y dos mill

—¡Mentira!

—¿A verlo!

—¡Granujal!

—¡Sinvergüenza!

—¿So castrense!

(Gritos, golpes, carreras, telón rápido
y fin de este boceto de sainete.)

J. LÓPEZ SILVA.

PALIQUE

No está mal eso de abrir grandes informaciones en los periódicos de mucha circulación, para que la opinión pública pueda tener en cuenta el parecer de las personas de cierta autoridad acerca de las cuestiones de interés general; pero es claro que esto, como todo, aunque en sí sea bueno, resulta malo si no se hace bien. Estos días se habla mucho de los exámenes y se ha consultado el juicio que merecen estas pruebas de sabiduría más ó menos deleznable á personas tan respetables y dignas de ser oídas como Salmerón y Menéndez Pelayo. Perfectamente. Pero ya no me parece tan oportuno tomar por oráculos á los malos estudiantes. El estudiante holgazán es el hombre más inclinado á dejarse influir por sus pasiones.

No debe juzgarse á ningún catedrático, ni siquiera al Sr. Salva, por lo que digan de él los alumnos á quien deja suspensos.

Los exámenes, ¿son buenos, ó malos? Probablemente malos. Pero mientras los haya se debe evitar que sean peores.

Si se tiende á la supresión de este medio de demostrar la suficiencia de los estudios no ha de ser, como piensan algunos estudiantes y muchos padres de familia, para quitarles un peso de encima, para evitarles la molestia de que los chicos hagan ver delante de gente que, en efecto, no saben una palabra.

Los exámenes son malos por su elemento aleatorio, porque materializan la ciencia, porque se toman como fin por los más, y sólo son medio... y son malos por otra porción de razones. Pero si estos defectos los tienen *per se*, peores son los que tienen *per accidens*.

Hay catedráticos, y no pocos por desgracia, que miran su carácter de juez de tribunal de exámenes como una especie de regalía. Piensan que la ley les da el voto para sacar de él todo el provecho posible; para ganar amigos y perseguir enemigos, pagar favores pretéritos, presentes ó futuros y saborear venganzas.

Es una verdadera vergüenza. Si yo fuera catedrático no me tendría por compañero de los que aprovechan los exámenes para pagar favores, preparar otros y crearse una fama de benévolo á costa de la justicia.

En esto de los exámenes enseñan la oreja muchos hipócritas que se hacen pasar por hombres rectos, de intachable moralidad.

DIME LO QUE ESCRIBES...



«Apreciabel Simona: Dende que la vi á ustá dizpa la compré el sábado por la mañana no sé qué tengo que no me sienta el ránchó...»



«La obrita estrenada anoche es un conjunto de sandeces y majaderías. Parece mentira que las empresas admitan semejantes esperpentos y rechacen sistemáticamente obras originales de jóvenes demérito que yacen postergados por el capricho de unos cuantos envidiosos...»



«El quinto, que era una babosa, tomó dos varas sin poder, y una barbiana que estuvo á mi vera tos la tarde me dijo: no tosa una que se yeva ar bicho el aire.»



«Ya sé por qué no has venido. Por no traer los seis cientos reales. Eres un indecanta.»



«Muy Sr. mio: Biéndome en una nesecidá mui grande, con la muger en Ferma aca tres haños y los higos sin pan que yevan á las bocas...»



«Clotilde: Puesto de hinojos quiero que tus bellos ojos me derritan sin agravios, y que me des sin enojos la sonrisa de tus labios.»



«Lea bierto anstex que si alas 19' nos depositao quinientos Duros guntao la Fuente dela Choperra la bamos á ustex á sacar los ágados pa coárselos á los peros.»



«Los toros buenos, las cuadrillas sin novedá. So bresali yo.»



«El señor poPe el Porte roesu n morrrrá.»



«Te ciero muho, muho, muho!»

dad, ocultando sus picardías, sus injusticias y venalidad en otros órdenes de la vida, y dejando aquí al descubierto su mal fondo, su conciencia débil, corrompida, porque como a esto no lo dan importancia no se les ocurre *tapar las indecencias con la cola* cuando se trata, y, gr., de aprobar a un estudiante porque está recomendado y suspender a otro porque no lo está ó porque se le tiene ojeriza.

¿No es un verdadero delito que un juez de exámenes apruebe a un alumno a quien no conoce en cuanto discípulo, y que no contesta una palabra en el acto de la prueba? Pues este delito se repite con escandalosa frecuencia y sin que los más lo consideren siquiera como cosa reprobable.

En un tribunal de exámenes, de una Universidad de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho un catedrático tuvo que calificar a un alumno aristócrata, de enseñanza libre, y que no dijo oste ni moste en su ejercicio. Y el catedrático, muy serio, con una franqueza que no hubiera empleado al cometer otra clase de delito, dijo a sus compañeros, uno de los cuales era su jefe, superior jerárquico:—Yo a éste tengo que aprobarle.

¿No es esto un delito? ¿No debió el jefe que tal oía comenzar allí mismo un expediente? ¿No es cohecho ó algo que necesita un nombre, pero que viene a ser lo mismo, lo que tales palabras suponen?...

Por eso digo que más prisa que acabar con los exámenes corre acabar con los exámenes malos, de corrupción semejante. Suprimanse los exámenes después que se haya formado expediente a los prevaricadores; para que el día que las garantías que el Estado tenga que pedir al profesorado, fiándose más que ahora de su rectitud y buen juicio, no tenga que pedírselas más que a personas decentes; porque yo digo y afirmo que los que aprovechan para sus negocios, para hacer atmósfera, para servir a los amigos el voto en el examen no son personas decentes. Y sé de un profesor que esto que yo digo aquí, en un palique, va a decirlo en Octubre, en el discurso de apertura de una Universidad, tal vez en estilo más académico, pero no con menos claridad y energía.

Y ya dejo el asunto, por no ser de mi competencia.

Los señores obispos senadores, que por cierto con eso de salvar la patria bajo la dirección de Martínez Campos no pueden cumplir con el deber de su cargo que se llama *residencia*, estos señores obispos, digo, se han empeñado en que no se pueda trabajar los domingos.

Con el mismo derecho podrán los zapateros exigir que no se pueda trabajar los lunes.

Y con igual derecho podrán los supersticiosos reclamar contra el trabajo de los martes.

Y los judíos, que tanto abundan, contra el de los sábados.

Y así sucesivamente. Hasta que no se pueda trabajar ningún día. Que es a lo que se tira.

Eso, eso, venga de ahí. Que no se trabaje, que no haya rigor en los exámenes, ni exámenes siquiera, ni cosa que lo valga. Sin todo eso se puede ser el Padre Cámara y llegar a obispo.

Para negar sepultura a un trabajador como el catedrático Arés, ¿se necesita trabajar en todo el año ni examinarse?

Pidal y toros. Esto es la España moderna... y restaurada.

CLARÍN.

AL SEÑOR APOLO

¡Oh, Apolo, Sol ó Febo!
A hablarte voy también, pero me atrevo
más que Pepe Espronceda:

yo ni que pares ni que me oigas pido,
ni un buen saludo para tí me queda
en este mundo que a tu vista rueda,
de que tan mal le alumbres tan corrido.

Tú, que atentabas en la selva umbrosa
contra la doncella de Dafne hermosa,
en laurel de tu gloria convertida
que en tus ausencias fecundó la lluvia:
conspirador de cara fermentada,
sin *trenca gris*, mas con *peluca rubia*;
musiquillo, coplero,
astro ya vergonzante y ambustero,
rasca-tripas de olímpico guitarrero,
fulminador de rigios y corcheas
y *cantoor de góla* con catarro:

Hora es ya de que veas
que un alumno te arroja las verdades
a la pálida faz.

Lo hemos sabido.
¿Qué sucias liviandades
te habrán en tan mal hora acometido
con *perdidar* estrellas en jolgorio?
Desde mi pobre y misero tugurio,
anémico te he visto y vejatorio
bajo el peso y el peso de Mercurio.

Cayó el poeta, el músico, el dios-astro.
¿Puede *del día* ni con tales lacras!

Hasta en tus años te verás padrastrer,
perdidás ya las fuerzas, ayer sanas.

Por tu sangre Mercurio se ha corrido
y hoy ni alumbra ni pica,
y aquel que de ladrones dios ha sido
te alienta hasta *sufrancado* en las boticas.

¿Y en plena primavera

tu deshonra sorprende el telescopio!

¿Cuando la flor, por tu caricia, espera
del dulce fruto prometer acopio?...

¿Lo ves? En Junio ya, nieve en el monte,

anabarrado el cielo,

con tristeza invernal el horizonte,

frio en la sangre y en las almas lílido.

Pide hierro a Vulcano, fuerza a Marte

y acabe ya tu anemia,

¡oh, Apolo! No vayas a colarte

con guitarra tan pobre en la Academia;

pues vates que sin fuego se consumen

y *mercapiados* músicos nos sobran,

y hoy se amparan de tí cuando, sin número,

sus triunfos cantan y el *barato* cobran.

EDUARDO BUSTILLO.

Á UNO QUE NO ES PADRE

Sí, señor, a usted le digo,

a usted, amigo don Blas

solterón de los demonios

que no quiere confesar

que lleva dentro un soberbio

corazón de pedernal.

Usted no sabe lo que es

el ser padre, ni es capaz

de serio en toda su vida,

y acaso por eso va

comentando por doquiera,

en son de chunga brutal,

si ya cojo a mis chiquillos

en cuanto llego a mi hogar

y juego con ellos como

si yo fuera otro rapaz,

ó si me los echo acuestas

y me pongo a galopar

con ellos por los pasillos

como un loco. ¡Claro está!

como usted no tiene nadie

con quien ponerse a jugar,

porque su patrona dice

que eso no le gusta ya,

critica usted mis excesos

de cariño paternal.

Sí, señor, al volver del

ministerio de Ultramar,

que es el ministerio en donde

trabajo, aunque me esté mal

el decirlo (y el hacerlo),

ó cuando vuelvo de dar

al buen Sinésio la des-

composición semanal,

ó vengo de que me pelan

(cosa que ya no haré más,

pues hoy por cada tres pelos

que cortan llevan un real),

ó cuando vuelvo de ver

a Felisa ó a Pilar

(por que el querer a los hijos

no excluye la libertad

de tener tal cual amiga

con quien poder alterca),

en fin, cuando llego a casa

y con sonriente faz

me salen mis chiquitines

al encuentro hasta el portal,

siempre, después que los liarto

de caramelos de Prast

y besos míos, los cojo

en brazos, y no hay quien ya

me aparte de sus caricias,

que son mi felicidad.

¿Que me cuentan las criadas

que uno ha sido un Barrabás,

y sin postre, por castigo.

le ha dejado su mamá?

Pues en cuanto llego a casa

le perdono yo, y en paz.

Me hacen gracia sus diabluras,

¡tengo esa debilidad!

De seguro que esto muchos

lo ridiculizarán

yo no inspiraré el respeto

que un padre debe inspirar;

mas yo gozo con mis hijos

hasta cuando los dos van

diciendo a voces, montados

sobre mi espina dorsal,

unas veces «arre, burro»,

y otras veces «¡soo, papá...»

Y disfruto al ver que gozan

tirándome del ramal,

aun cuando yo bien comprendo

que es una barbaridad.

A todo cuanto desean

me someto. Si su afán

es el verme en calzoncillos

dando brincos sin parar,

con los zorros en la mano

y en el cuello un delantal

y un turbante en la cabeza

y en la boca un *antúas*,

así venga el *sursum-corda*

(que de hijo no vendrá),

ni yo dejo mis cabriolas,

ni abandono mi disfraz.

Soy dichoso cuando beso

su boquita angelical,

y si no tiene pegado

chocolate, mucho más.

¡Lástima que esos fragmentos

del corazón paternal

rompan los pares de botas

con tanta facilidad!

Soy, en fin, ¿a qué negarlo?

un padrazo singular,

todo cuanto quieren hago,

y mi chifadura es tal

que ayer tarde el mayorcito

(que ya es un petit-barbián),

agarrándome una mano,

me dijo:—¿Sabes, papá,

lo que hago cuando la Petra

se viste? Pues observar

por la cerradura. ¿Quieres

mirar conmigo, y verás

lo deprisa que se viste

y lo robusta que está?

Y yo, que estoy sonatido

en todo a la voluntad

del chico, por darle gusto,

¿qué he de hacer sino mirar!

JUAN PÉREZ ZÓNGA.

LA BORRASCA

(MONÓLOGO DE UN PESCADOR)

Corramos, barquilla mía,
vuela, y a ver si podemos
ganar a fuerza de remos
la entrada de la bañía.

Ten valor en las bordadas,
porque el huracán que zumba
pretende abrirme una tumba
entre las olas airadas,

y sólo espero de tí
la ayuda para luchar
mientras el cielo y el mar
se levantan contra mí.

Bate al monstruo con la quilla
y piensa, si te acobarda,
que á tí y á mí nos aguarda
premio de amor en la orilla.

Vuela, y si triunfo en mi empeño
y al puerto arribas entera,
¡ya verás tú qué bandera
te pone mi dulce dueño!

El mar se encrespa á mis pies
y el cielo me olvida; ¡voy
contigo á probar que soy
el más grande de los tres!

Yo te infundiré mi aliento
viril, enérgico y rudo,
que te servirá de escudo
contra el abismo y el viento;
que padece la voluntad,
cuando es firme, y dura y fuerte,
empeñar un duelo á muerte
retando á la inmensidad.

Y si en la brega que emprendo
las olas te hacen pedazos,
aún me quedarán los brazos
para seguir combatiendo.

¡Digna del mar y de mí
la lucha ha de resultar,
para que le cause al mar
orgullo el vencerme así!

SINESIO DELGADO.

Á DON EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Nunca di mis opiniones
(porque no tiene valor
lo que piense un mal coplero),
pero hoy mando estos renglones
al señor Sánchez Pastor,
del cual soy tan verdadero
amigo y admirador,
que no tiene otro mayor
en el universo entero.

Cansado estoy de escuchar
obras sin pies ni cabeza;
y voy muy poco al teatro,
pues yo no puedo tomar
por belleza la corteza
que cualquier chiquilicastro
pretenda hacerme tragar...
¡yo, que veo en la belleza
lo más digno de admirar
que hay en la naturaleza!

Y (si no me maravillo
al ver cómo un vulgo necio
suele á veces aplaudir,
y las aplaude á porrillo,
obras dignas de desprecio
que escribe cualquier chiquillo
que nunca supo escribir)
es natural y sencillo
que no pueda reprimir
mi alegría colosal
cuando veo un *Monaguillo*
escrito con tanta sal;
y es muy natural también
que yo aplauda con calor
al señor Sánchez Pastor,
y aunque vela no me den,

me dirija á este señor
para decirle:—¡Muy bien!
¡Eso se llama un autor!

El sainete es superior.
¡Vega, Vital ó Luceño
lo firmarían con gusto!...
Verdad es que el desempeño
no ha podido ser mejor;
y el confesarlo es muy justo,
¡hoy día, que hay cada actor
que es capaz de darle un susto
al menos observador!

¡Qué *Monaguillo*! Advertí
con gusto que estaba Luisa
Campos cual nunca la vi,
dando admiración y risa
con su hermosura y su *esprit*...
¡Quién no querrá decir misa
con un monaguillo así!...
Mesejo el padre, ya viejo,
hizo un librepensador
que ni cuando joven fué
lo sabría hacer mejor...
Pues ¿y el hijo de Mesejo?
¡Y Rodríguez! ¿qué diré...
¡Señor de Sánchez Pastor,
buena suerte tuvo usted!...

Pero, haciéndome ya cargo
de que esto se hace muy largo,
pongo aquí la conclusión,
y siempre humilde y sencillo,
doy mi felicitación
al autor de *El Monaguillo*
con todo mi corazón.

RICARDO J. CATARINEU.

ALUMBRAMIENTO (1)

Gira por los collados el ventisco,
la sombra en el espacio se dilata,
desborda el río su raudal de plata,
y oculta el sol su resplandeciente disco.

Espumosa y veloz, de risco en risco,
se despeña la hirviente catarata;
el turbión en la sierra se desata,
y destruye las mieses el pedrisco.

El rayo ciega con su viva lumbre;
al rodar el alud desde la cumbre
troncha la encina en la férax ladera;
y es que la tierra estremecida siente
que pugna por rasgar su seno hirviente,
ansiosa de nacer, la Primavera.

ARTURO REVES.

CHISMES Y CUENTOS

Voy á tener una satisfacción.

La de anunciar á ustedes que está en prensa, y se publicará dentro de poco tiempo, la nueva novela de Clarín titulada *San Antonio Abad*, que viene anunciándose desde el año pasado.

De suponer es que la esperarán ustedes con ansia y que la recibirán como pan bendito.

—o—

(1) Del libro titulado *Leñeros*, recientemente publicado, y en el cual se puede demostrar ser un verdadero poeta.—N. de la R.

Y diga usted, señor director general de Correos:
¿No habría modo de que D. Manuel González Campos, de Alcañices,
recibiera con puntualidad este humilde periódico?

Porque parece que los empleados lo han tomado á broma, y le birlan los ejemplares que es un gusto.

Es decir, es un gusto para ellos, que al Sr. Campos y á nosotros maldita la gracia que nos hace.

—¿Qué tienes (dije á José)

que estás tan preocupado?

—Que de casa se ha fugado

mi hija mayor, Salomé.

—Ya parecerá (exclamé

viéndole tan afligido),

y algo faltar de sentido

me contestó:—¡Dios lo quiera!

¡Ah! ¡Si al menos pareciera

antes de... haberse perdido!

LUIS LÓPEZ.

Libros:

El amor de un ángel, poema bien sentido y escrito con corrección y elegancia por nuestro compañero en la prensa D. Rafael de Mesa y de la Peña. Precio: una peseta.

De pura sangre, novela del fecundísimo escritor D. M. Martínez Barrio-nuevo, cuyo ingenio no se agota jamás y cuyo estilo es cada vez más castizo y brillante. Precio: 3,50 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Pist.—¡Caramba! Una cosa que casi podía haber tenido gracia, casi resulta repugnante.

Un niño del entracuelo.—¡Dios mío! ¡Qué dirá esta criatura cuando sea grande!

Sr. D. B. P.—Madrid.—¡Hé ahí un romance que no dice nada. Ó lo que es lo mismo, dice cuatro vulgaridades nada más.

Uno de á pie.—Ya sabe usted que no podemos admitir artículos. Y además, el de usted no se lo admitirán de seguro en ninguna parte. Es malo como él solo.

K. T. Te.—¡Vaya! Otro bobo más. Por si había pocos.

Selhis.—Voy á publicar los dos cantares ahora mismo. Allá va uno:

«Del color con que se miran

son las cosas de este mundo

por eso lo vemos oscuro,

porque no hay plata ni oro.»

Y allá va el otro, para quitar el amargor de la boca:

«Vino al mundo siendo mudo,

un día vió tu hermosura

quiso admirar el tesoro

y arrancó un hurra y habló.»

Y ahora que vengan aquí á aprender á hacer cantares los ángeles y los serafines.

Veterano.—También ese sistema es veterano... de la guerra de la Independencia.

Oleonor.—¿Cómo quiere usted que sirva un soneto que no tiene un solo endecasílabo? ¡Mal oído tenedes!

Farry.—También todo eso es muy malo.

Sr. D. J. G.—Con franqueza, tan flojita es la composición como los cantares.

Un atrevidito.—El cuento tiene gracia, pero es viejo; y la forma deja mucho que desear.

El Furdio.—¿Otra juerga? ¡No! ¡Basta de juergas!

El de la subasta.—¡Si estoy deseando encontrar una oportunidad para publicarla! Pero es tan larga, ¡Dios mío! ¡Ocupa dos columnas!

López.—Otra cosa hará usted bien, pero versificar... ¡que si quieres, morrena!

Longinos.—Quiere tener picardía y no lo consigne.

Sr. D. C. H.—No, artículos no; ni cortos ni largos.

El maestro conyo.—

SONETO

En una calle de Córdoba

la cual no diré cuál es...

Pues yo si le diré á usted que así no puede empezar ningún soneto.

Un escribidor.—No se impaciente usted... ¡Hay tanto original almacenado!

Sr. D. J. P.—Y eso ¿qué es? ¡Nada!

Simpatías.—Vaya por el epigrama, como usted dice. Con copiar el principio basta, ¿verdad?

«Qué limpia está la noche y callada,

en el cielo la luna brilla,

como plato de ensalada

y como nivea tortilla...»

¡Que aproveche la tortilla nivea!

J. G. Te.—Se ve que tiene usted gracia para eso, y que haría usted unas revistas de toros como el primero.

Ricardito.—Ferdin.—No, si ya se ve que es usted un chico decente. ¡Primero se corta usted la mano derecha que escribir porquerías! ¡Guarda!

Fray Libertio.—¿Cordobés y gracioso? ¡Dios te perdone!

Cabrillas.—Eso es demasiado formal.

Marquitos.—Mire usted, los guasones han pasado de moda. La mayor parte son *patarras*.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS



EXPOSICIÓN DE VIENA

Equipos para novias; primera casa en su clase, la más barata y acreditada por sus ricas telas, bordados y encajes.
Camisas para caballero. Envíos a provincias.

Calle Bayar, 12.—CARISERÍA

COLECCIONES DE MADRID CÓMICO

Cada año, á contar desde 1888, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:
Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ALBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

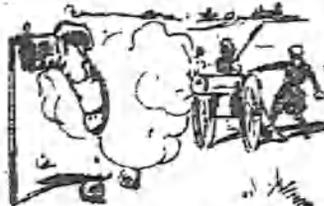
Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.



Le regalaré á mi novia cuando me tome los dichos, rinquitrán, quírrin, quírrin quírrin, caprichitos con perfumes, pues le gustan los estrum, quírrin, quírrin quírrin, pues la gustan los caprichos (1).

(1) De la Perfumería Americana, Espoz y Blesa, 26.



Y ni aun así se rompen! Son de la zapatería de Lledó. Pes, 19, y León, 34.



¡Pantalones buenos, generos ingleses! Casa de Pesquera, Magdalena, 20!



—Ciudadanos! ¿Queréis la revolución? ¡Pues la revolución dental ya está hecha! Por 5 pesetas se extraen las muelas y raigones dificultosos, sin dolor ni peligro!

Tirso Pérez, Mayor, 73.



—¿Dónde va usted este verano, marqués?

—A Biarritz, pero antes á la sastrería de Jesús Castillo, León, 28, á comprarme un chaleco blanco y una americana de alpaca.

—¡Hombre!
—Sí, señora, porque sin eso no puedo darme tono.

¡OJO!

Las muñecas con jaquecas van al *Bebé Parísien* (1), donde componen muy bien cabecitas de muñecas.

(1) Barquillo, 5.



LAS TULLERIAS RESTAURANT 6-MATUTOS

—¡Oh! Las Tullerías, ¡Yes! ¡Dos lustros hace que ando corriendo el mundo!... ¡Esto es lo que yo andaba buscando!

SOLUCIÓN

Á la charada del número anterior:

PALASAN



Que los hay de primera en casa de Gras,

ALCALÁ, 48, Y PRÍNCIPE, 22.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.100.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DÍES Á CUATRO

PERLA RÚSTICA DEL RETIRO RESTAURANT.

—Frente á la estatua de Espartaco.

Gran Parque para comer al aire libre. Salón para banquetes y bodas. Gabinetes independientes para familias. Almuerzos desde 4 pesetas y comidas desde 5 pesetas en adelante. Se reciben encargos para dentro y fuera del Establecimiento.



LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID